

Museo Marítimo de Bilbao

1 de Noviembre de 2.015.

Buenas tardes. Quería, en primer lugar, agradecer al Museo Marítimo, a la Cámara de Comercio y a Petronor el que me hayan concedido el honor de dirigirme hoy a todos ustedes con ocasión de la presentación de un libro que recupera las raíces, nos refresca la memoria y honra a una serie de personas cuyo trabajo fue fundamental para conformar la sociedad vasca y transformarla, desde lo que era una pequeña villa comercial hasta llegar a ser un puerto importante y una referencia industrial inexcusable que irradió su influjo por el entono nacional e internacional.

No pretendo resumir sus vidas, ni glosar sus trabajos. Primero porque son tan intensas y amplias que me obligaría a retenerles a ustedes durante horas y segundo porque no me siento capaz de añadir nada interesante al conjunto de conferencias dictadas por auténticos expertos en este mismo Museo y recogidas en el libro que se presenta hoy, junto con los artículos que aparecieron publicados en El Correo y que son un resumen muy útil para aquél que desee hacer una lectura más apresurada.

Vaya por delante que el libro me parece del máximo interés y está llamado a ocupar un lugar destacado en nuestra Memoria colectiva, a la altura de los estudios anteriores como el del cronista de la Villa Don Teófilo Guiard y Larrauri "La Industria Naval Vizcaína", que concluye en 1.917 o el más reciente de Rafael Ossa Echaburu - mi maestro en tantas cosas -, "Riqueza y Poder de la Ría" cuyo relato se inicia con el cambio de siglo, en 1.900, y

concluye en 1.923. Periodo de tiempo en el que transcurren muchas de las andanzas relatadas en el libro.

Y ya que lo menciono, voy a usurpar un párrafo del prologo de este libro, realizado por Don José María de Areilza que pienso viene al caso perfectamente:

*“Si la historia tiende a comprender y a justificar las razones humanas de los acontecimientos, éste es un libro de aténtica rai-gambre histórica. No tienen los autores prejuicios políticos, ni siquiera propósitos adoctrinados. No es esta obra una vindicación de la gran aventura capitalista del novecientos vizcaíno. Ni una loa indiscriminada a los hombres de negocios de aquél tiempo. Los perfiles tienen relieves sugestivos, claroscuros vitales, y se apoyan sobre testimonios, documentos y noticias de la época”.*

He dicho que no voy a glosar sus vidas y lo voy a cumplir. Me parece más oportuno intentar introducir una inquietud que puede servir para abrir un debate a su alrededor. Para ello, me gustaría hacer una pequeña comparación entre lo que ellos hicieron entonces, con las dificultades que encontraron para hacerlo y lo que nosotros hacemos hoy un siglo después y en un ambiente muy diferente. ¿Estamos a su altura? ¿Hemos honrado su memoria, mantenido su empuje y agrandado sus logros, o hemos dilapidado su herencia?

En resumen, ¿Hemos mejorado desde entonces o hemos retrocedido?

Por supuesto que hay muchos elementos en juego y muchas maneras de aproximarse a ellos, pero pienso que tras realizar el repaso de sus vidas, tal y como figuran en el libro y comprobar la magnitud de sus obras, la conclusión espontánea es que: "no estamos a su altura". Sus logros son ingentes, su esfuerzo titánico y su empuje colosal. Como resumen y siendo justos deberíamos reconocer que, en una buena parte, hoy vivimos de las rentas que generaron, de lo que crearon en su momento y de lo que surgió después como corolario de su iniciativa.

Podríamos aducir en nuestro descargo que eran otros tiempos, que las cosas eran más sencillas, que los competidores eran menores en número y menos fuertes en capacidad; que el mercado interior estaba más protegido por un arancel elevado, que las relaciones laborales eran menos complicadas y que su poder para conformar la actuación de la administración era mayor.

Sin duda alguna, podríamos decirlo, pero estaríamos, simplemente, faltando a la verdad. Como sucede en todas las épocas, vivieron momentos llenos de peligros, de riesgos y también de oportunidades. Si la competencia era menor y la protección del mercado interior era mayor, hoy contamos con un mercado infinitamente más diversificado, eficiente y de mayor tamaño.

Por su parte, es posible que las relaciones laborales fuesen menos complicadas, no estoy seguro de ello, aunque la colaboración entre los empresarios y las autoridades civiles fuesen más próximas, pero también es cierto que hoy la formación de los trabaja-

dores ha mejorado tanto que supone una ventaja comparativa que ellos no tuvieron. Del mismo modo, si la Administración era más dócil y comprensiva con sus intereses, hoy es más protectora de un buen funcionamiento de los mercados y un correcto desarrollo de la competencia

Bajando un escalón el nivel de la comparación podemos dar un repaso veloz a los elementos que determinan el nivel de desarrollo de una economía y el grado de bienestar de una sociedad y veríamos lo siguiente: Las materias primas se han globalizado. Ellos tuvieron el impulso fundamental de las minas de hierro que escondía el subsuelo vizcaíno, pero hoy no hace falta disponer de ellas bajo nuestros pies. Su acceso se ha facilitado y sus precios se han internacionalizado. Países muy pobres en recursos naturales, como pueden ser Alemania o Singapur, ocupan puestos destacados en cualquier ranking de desarrollo económico. Mientras que hay muchos países, con ingentes reservas de todo tipo de productos, que se encuentran atascados en el marasmo político y en el desastre económico, pasando penalidades sin cuento. Basta con recordar a Venezuela, a Argentina y a tantos países africanos.

Enseguida tendríamos que hablar del conocimiento. Las tecnologías han avanzado a un ritmo exponencial y, además, se han democratizado poniendo al alcance de todos los ciudadanos productos y servicios que antes eran monopolio de unos pocos. Desde el ordenador de su casa, cualquier estudiante de Enseñanza Primaria tiene hoy acceso a mucha más y más ordenada información que la disponible para los personajes del libro, en la cima de su poder.

Las comunicaciones físicas y las conexiones mercantiles facilitan intercambios que hoy consideramos banales, pero que fueron imposibles o difícilísimas en su tiempo. Y la Red de Internet ha convertido en instantáneas relaciones y traslados de información que antes duraban meses.

El capital ha sido siempre un bien escaso. Ello sufrieron muchos pesares para conseguir sustentar sus proyectos, pero hoy hay muchas más fórmulas de financiación, mercados más abiertos y sofisticados, Bolsas más diversas y accesibles y muchos apoyos públicos de los que carecieron.

Por último y más importante, el personal humano está hoy más formado, hay más y mejor educación; hay programas internacionales que han convertido en cotidiano los intercambios de estudiantes y las salidas al extranjero que, en su tiempo, fueron tan inaccesibles como costosas.

Sin duda alguna, si tuviésemos que elegir el ambiente más propicio para generar riqueza y crear empleo entre el que ellos tuvieron y el nuestro de hoy, deberíamos elegir el nuestro. Créanme, es mejor.

Se comprueba que es mejor cuando comparamos cualquier índice económico o social. Cuando en ocasiones caemos en el pesimismo podríamos recordar que hoy producimos más bienes y

proporcionamos mayores servicios. Que los salarios son muchos más elevados, que la protección social es más alta, que elementos tan esenciales en la vida diaria de una persona como son la educación y la sanidad se ha generalizado y han mejorado muchísimo. Hoy comemos mejor, estamos más sanos y vivimos más tiempo. Conocemos más cosas, viajamos más y nos relacionamos con mayor intensidad con todo el mundo. Tenemos más información, quizás más conocimiento y posiblemente más sabiduría. Si lo dudan, piensen que hablo del stock total de la sociedad, no de una clase elevada pero pequeña en número.

Vuelvo a hacer una apuesta: si pudiésemos elegir, todos querríamos vivir en estos días y no en los suyos.

Eso está claro, pero entonces se preguntarán por qué he dicho hace unos minutos que no estamos a su altura. Pues por que he tratado de diferenciar lo que son logros colectivos, hoy claramente mayores, de lo que fueron mejores logros individuales.

Hoy no tenemos personas con el mismo impulso innovador, con la energía necesaria para acometer grandes proyectos, ni contamos con la misma capacidad emprendedora. Los vascos nos hemos adormecido en nuestro bienestar y lo que es peor hemos hecho dejación de nuestras responsabilidades para mantener e incrementar ese bienestar que tanto respetamos y anhelamos. La responsabilidad individual ha desaparecido por completo. Nadie se siente obligado a nada, no ya a satisfacer necesidades socia-

les colectivas, como ellos hicieron, ni siquiera nos sentimos responsables de nuestros propios problemas individuales.

Hoy, en cuanto alguien se enfrenta a una dificultad mira hacia afuera. Inmediatamente pensamos ¿Quién me va a solucionar el problema que tengo y que con mucha probabilidad yo mismo he creado o colaborado en su aparición? La respuesta puede ser el Ayuntamiento, la Diputación, el Gobierno Vasco, el central o el europeo; pero nadie empieza a razonar pensando en sí mismo, haciéndose las dos preguntas más incómodas: ¿Qué podría haber hecho para evitar lo que ha sucedido? Y ¿Qué puedo hacer ahora para solucionar lo que ha sucedido? Pues no, todos nos volvemos hacia la administración, protestando por lo sucedido e indignados con ello.

Los jóvenes prefieren trabajar en el sector público a emprender. Prefieren que alguien les contrate a crear su propio empleo. En los procesos de selección de personal se hacen preguntas que antes no se hacían o se hacían mucho más tarde como ¿Cuál es el horario, cuando se cogen vacaciones? Cuando yo estudié había colegio hasta los sábados por la tarde. Cuando empecé a trabajar se trabajaba los sábados por la mañana. Hoy, trate de encontrar a alguien en un oficina un viernes por la tarde y pasará serios apuros. No digo que sea malo, digo que es así.

La consideración social del emprendedor está por los suelos. Aparte de alguna que otra declaración pública tan escasa como forzada, lo cierto, lo que muestran todas las encuestas es que el empresariado es un colectivo poco valorado que solo supera a los políticos. El que fracasa es su proyecto es bobo y el que triun-

fa es sospechosos de algo malo. De corrupción, de insolidario o de malvado.

Como es posible que personas como Amancio Ortega o los hermanos Roig que han creado decenas de miles de puestos de trabajo sean menos conocidas y reconocidas que jugadores de fútbol mediocres.

Si recordamos que, además de poco considerado, el empresariado ha estado en este país amenazado, perseguido y extorsionado comprenderemos que la falta de afición es muy preocupante, pero no es nada sorprendente

Es decir, estamos mejor ahora en los albores del siglo XXI que como estuvieron en los cincuenta años transcurridos como bisagra de los siglos XIX y XX, pero creo que somos peores. No veo a mí alrededor ningún empuje empresarial interno. ¿Cuál es la última empresa de un cierto tamaño creada por vascos? Ni empuje interno, ni capacidad de atracción externa. ¿Cuál es la última gran inversión extranjera recibida?

Cuando yo empecé a trabajar, allá por la lejana década de los 70, 23 de las 100 mayores empresas industriales españolas tenían su sede social o su principal instalación en el País Vasco. ¿Cuántas hay hoy? Pues cuatro: Petronor, Michelín, Iberdrola y Eroski. Si lo desean incluyan al BBVA para llegar a cinco, aunque no sea una empresa industrial y es posible que ni siquiera sea una em-



presa vasca. Para encontrar en el ranking la número 23 nos tenemos que ir hasta la 452 exactamente.

Para completar el panorama podríamos hablar un poco de demografía. A finales del pasado mes de Octubre contábamos en Euskadi con 900.622 trabajadores en activo y 532.600 pensionistas. Es decir, entre un trabajador y el 69% de otro sostienen sobre su espalda a un pensionista. Eso es simplemente insostenible. Además, la población total decrece, como lo hace la población activa, es decir la población en edad y disposición de trabajar que según la PRA se queda en 1.038.000 personas.

Bueno, cambio de tercio porque, llegado a este punto, me da la impresión de que he hecho un análisis bastante pesimista. Probablemente demasiado pesimista y para no amargar una noche que debería ser de fiesta voy a tratar de edulcorarlo un poco, para terminar con mas esperanza que desánimo. En realidad, todo se trata de Benchmarking, de elementos de comparación y de establecer con qué nos conformamos.

Es muy cierto que tenemos un nivel de vida que supera con creces la media española y con holgura la europea. Tenemos una red sanitaria espléndida y una educativa mejorable, pero no peor que la española. Tenemos una tasa de desempleo menor y la suerte de que el desfase de las pensiones nos los cubre la caja general de la Seguridad Social.

¿Debemos quejarnos? No. ¿Podemos quejarnos? Pues creo que sí. Yo al menos me quejo. Me quejo claro está de todos nosotros, empezando por mí mismo, cuando compruebo que tuvimos más espíritu y empuje.

¿Cuál sería la mejor solución para arreglarlo? Pues no estoy seguro, pero aquí va una propuesta:

Se trataría de juntar en la misma cocktailera:

La apertura de mente y la visión global de Ramón de la Sota; el empuje y la tenacidad de Eduardo Aznar; la constancia y la inteligencia de Evaristo Churrua, la discreción y el espíritu solidario de Francisco Aldecoa; el ingenio y la audacia de Alberto de Palacio; la capacidad de adaptación e innovación de Gaspar Vicinay; la originalidad y la apertura de miras de Martínez de las Rivas; la energía y el espíritu de superación de Horacio Echevarrieta; más la visión y la ambición de Jose Manuel Sendagorta.

Sería una fórmula excelente.

Hay otra curiosidad que no sé si han caído en ella y que demuestra, en positivo, la apertura de mente de los bilbaínos en general. El libro se llama "Personalidades de la Ría" y lógicamente hablamos de la Ría de Bilbao. Bueno, pues no sé si se habrán fijado, pero tan solo uno de las nueve personalidades estudiadas en el

libro nació en Bilbao o en las márgenes de la Ría. Solo lo hizo Horacio Echevarrieta.

El resto, Churruca nació en Izu, Navarra; Palacio en Sara en el País Vasco francés; Gaspar Vicinay en Ochandiano; Martínez de la Rivas en Galdames; Sendagorta en Plencia y Aldecoa, más cerca de la desembocadura de la Ría, en Algorta. Los otros dos ni siquiera hubieran podido jugar en el Athletic pues Sota nació en Castro Urdiales y Aznar en Sevilla.

Con esto termino y les dejo con los testimonios de los descendientes de aquellos grandes hombres. No solo se trata ahora de recordarles, se trata de seguir su ejemplo y mantener alto su espíritu emprendedor y su visión de futuro. Ojalá sepamos hacerlo. Ojalá seamos capaces de hacerlo y ojalá queramos hacerlo.

Hoy le recordamos, y está muy bien, es justo. Pero mañana, deberíamos imitarles.

Nada más, muchas gracias por su atención y paciencia.